

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 25 de Octubre de 1878.

Este mundo es un valle de lágrimas.

Dijo un filósofo en cierta ocasión, que el mayor de los bienes que pudiera el hombre envidiar era el de no haber nacido; y el inmediato, el de haber muerto acabado de nacer. A pesar de esta sentencia, la longevidad se ha tenido por un bien; en algunos textos bíblicos se ofrece como premio ó recompensa. Es cierto que algunos espositores, el vivir largamente sobre la tierra, lo interpretan por el modo de vivir, y no por el número de los años. Sea como fuere, según la expresión de San Bernardo este mundo es un valle de lágrimas. En otros puntos se nos dice que el hombre hallará lo preciso para alimentarse con el sudor de su rostro, *in sudore vultus tui vesceris panem*; la madre parirá con dolores, *in dolore paries filios*; y la tierra producirá abrojos y espinas. Es verdad que también el hombre se gloria al contemplarse imagen y semejanza de su Creador; pero también á la vuelta de hoja, se le dice que es polvo, y que, á pesar de sus ilusiones y soñada grandeza y felicidad, se ha de convertir en polvo, *pulvis es, et in pulverem revertetur*. El hombre, en fin, ve y sufre con los ojos claros de la ciencia todos los males é infortunios; y sólo ve á través de la venda de la fe su verdadera gloria y su eterna felicidad. La tormenta es segura; el puerto es una esperanza que nos consuela, y ¡ay! del que desecha este consuelo que mitiga siempre la tortura de la adversidad.

Nuestro cuerpo no parece sino el grano de trigo que se arroja á la tierra, que para producir ópimos frutos ha de destruirse; pero, á un así, no hay más seguro que la destrucción: el fruto puede faltar. También hemos de creer que la gloria puede faltar, y que su acceso es muy difícil á través del oleaje de este valle de lágrimas en el que cada pasión es un escollo; cada precepto un rumbo que marca una recta, que ya por esta condición es muy difícil de seguir en todos sus puntos.

En estas y otras reflexiones me entretenía yo al contemplar algunos episodios de la vida de un desgraciado que yace hoy sumido en la miseria y el infortunio. Este hombre en sus mejores años se hallaba en Alhoy en donde es sabido tomaron gran incremento algunas fábricas, de papel y de hilados y tejidos de lana. Habían llegado de Bélgica varias máquinas de hilar, y se buscaba á

un extranjero para montarlas. El que haya visitado alguna de estas fábricas, ya sabrá la gran maquinaria que funciona para esta clase de industria, al vapor ó por medio del agua. No habiendo quien supiera montar los aparatos, fué llamado este hombre, el cual se encargó de formar los planos del edificio y montar las máquinas.

Un catedrático, de la facultad de ciencias fué á visitar el taller, y, al ver tantas ruedas y cilindros, se aturdió y dijo: ¡qué buena cabeza debe de tener el director que monta y dirige esta maquinaria! En Lorca probó también su aptitud montando varias fábricas. Entonces la fortuna le sonreía. Rodeado de prestigio y de amigos que buscaban ocasión para complacerle en cambio de algunas lecciones que les daba, este hombre vivía con su mujer y sus hijos envidiado de muchos y querido y respetado de todos. La fortuna inconstante, que se hace temer en la prosperidad y se hace esperar en la desgracia, no quiso desmentir por más tiempo aquel proverbio.

Un día que estaba aquel director arreglando una máquina una rueda le cogió una mano y se la magulló. Una larga y penosa enfermedad le dejó bien probado que este mundo es un valle de lágrimas, y que no hay ningún bien seguro y duradero. Inútil para continuar en el desempeño de sus funciones, como director, después de haber gastado todos sus ahorros se vió obligado á experimentar los rigores de la miseria. El que había tenido la mayor complacencia en asistir y socorrer á otros, se veía privado de ese gusto, y obligado á implorar la caridad de los pocos que gozan asistiendo á sus semejantes. En otra nación tal vez hubiera obtenido plaza de ayudante ó de portero, ó hubiera sido subvencionado; en Lorca no encontró en la fábrica que tan dignamente había dirigido un miserable sueldo para poder vivir. Cuantas veces habrán tenido aquellos consortes que fingir hartura para cederse el uno al otro un bocado de pan, y comprendiendo los corazones que se aman el motivo de tales ofertas, no habrán podido menos de derramar lágrimas y pronunciar frases lisonjeras y persuasivas entrecortadas por los sollozos y suspiros. El que desde niño se ha acostumbrado á pedir limosna; el que nunca se ha visto en una posición desahogada, no le será tal vez violento publicar sus miserias y aún exajerarlas. No le sucede otro tanto al que la suerte le hace trocar los papeles de bien hechor y favorecido. El primero nos ofrece la llave de una gloria imperecedera; lleva el alma de gozo al pensar que aliviarnos á un desgraciado; el segundo nos espone á mil reproches; nos humi-

lla, si se trata de un donativo, y, si de un préstamo, ya sabemos que al recibirlo firmamos nuestra sentencia de insolventes y deudores, á no haber una certeza, al menos moral, de que podamos devolverlo. Una persona que pida una cantidad para completar su capital y hacer un negocio, se comprende que no halle violencia en recibirlo; el pobre que no tiene seguridad en poderlo devolver parece que no tiene derecho á pedirlo ni á aceptarlo. La miseria hubiera podido muy bien ocupar uno de los cuadros del infierno del Dante ó de Miguel Ángel; pero yo creo que de todos los cuadros que lo representan tiene un poco. El anciano pobre, achacoso y mutilado es aquel que ve los manjares en la mesa y el agua que se acerca á sus labios sin que jamás pueda satisfacer su apetito; es aquel infeliz que rueda un peñasco para subirlo á una altura desde donde ha de volver á caer para subirlo otra vez; es el que anda con piés descaizos sobre abrojos y espinas, es el que sufre el calor de las llamas abrasadoras de los rayos caniculares, y luego dirá un poeta que nuestra vida es un breve día «Do apenas nace el sol cuando se pone. —En las tinieblas de la noche fría.»

Para el que sufre en la miseria y con sus achaques, no es un breve día, sino que parece una cadena de siglos interminables. Tampoco el sol se pondrá en las tinieblas de la noche para el misero desgraciado, sino entre celajes de grana y de topacio para alumbrar otro emisferio más glorioso. Este podrá cantar con la lira del que dijo:

«Ven, muerte, tan escondida
que no te vea venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.»

En medio de las escenas más desgarradoras este infeliz no tuvo más remedio que llamar á las puertas de los establecimientos de beneficencia. Este es un acto de los más heroicos que puede hacer la virtud de un hombre resignado, aunque esto no pueda apreciarlo el que no se ha visto en ese extremo.

Los establecimientos de beneficencia podrán ser buenos y reunir las mejores condiciones, como los de esta localidad, pero nunca desmentirán la inspiración de un poeta que dijo:

«Más precia el ruiseñor su pobre nido,
De plama y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero... aprisionado
En el metal de las doradas rejas.»

Pero aun así la suerte le fué adversa; y á ejemplo de los pueblos de la antigua Grecia, que consideraban á los ancianos desvalidos y achacosos, como una carga gravosa á la sociedad, y les obligaban á esperar la muerte en el pueblo de su natura-

leza, este infeliz halló las puertas cerradas con el cerrojo de los reglamentos que no admiten entre los asilados á los forasteros. Yo comprendo muy bien la razón que asiste á estos artículos; pero no sería difícil el conciliar las economías con la caridad. Las circunstancias climatológicas y el interés que tiene en ocultar su miseria á la vista de aquellos que lo han visto en mejores días son lo bastante para preferirse los asilos extraños á los del pueblo de su naturaleza. El día que estos se reglamenten, de modo que se indemnicen unos á otros la subvención de los forasteros, se habrá adelantado mucho y se ahorrarán viajes, á veces dificultosos en beneficio de los desgraciados.

Hoy este infeliz, llamado Vicente, que ha dado lugar á este artículo, se halla hospedado en la posada de la Fuente, frente las puertas de Madrid, cuarto número 14, sumido en la mayor miseria; y, no dudamos que no han de faltar personas caritativas que cercioradas de cuanto va dicho le tenderán una mano protectora, acreditando una vez más que este pueblo es y ha sido siempre eminentemente caritativo.

B. C.

MISCELANEA.

En el «Journal de Toulouse» encontramos el siguiente cómico suceso ocurrido estos últimos días en Saint Antoine (Tarn et Garonne), y que demuestra la influencia que á veces producen las alucinaciones en las personas más aguerridas.

A causa de un asesinato cometido hace poco tiempo en las cercanías del castillo de Saleth, hallábase una sección de gendarmería verificando una batida para descubrir al culpable. El sargento que mandaba la fuerza, iba veinte pasos á vanguardia de aquella, cuando pasaba de noche por el sitio donde se cometió el crimen; un gendarme le participa que en aquel momento alguien ha tratado de disparar sobre ellos faltando el tiro, el sargento manifiesta dudas, pero un segundo gendarme afirma á su vez que acaba de oír un chasquido como el de un pistón. Al oír esto mandó el sargento dar media vuelta á sus hombros y seguido de él los avanza hacia la linde del monte exclamando: «El que quiera algo con la gendarmería que avance» Nadie responde. En aquel mismo instante oyó el sargento un chasquido, y se cree ver un fogonazo; ya no hay duda, alguien hace fuego sobre la gendarmería. El sargento se interna en el bosque, y con voz de trueno ordena: ¡fuego á discreción!